

# HOLLYWOOD PARA TURISTAS POBRES

DIEGO GALAN



Las aguas se abren "milagrosamente" al paso del autobús. Estudios Universal.

**E**L españolito medio ha tenido siempre una vida desquiciada. Cuando se inventaban fantasmas que le sobrevivieran, cuando iba creyendo en los juegos morales que establecían los jesuitas de turno, cuando hacía sus votos de castidad y obediencia seglar, cuando se iba constituyendo en un ejemplar niño de derechas, descubrió de pronto que detrás de la cortina de sacrificios, existía otro mundo más real y divertido, que el pecado era un juego de otros y que sus instintos —de tanto machacarlos, un poco deteriorados— eran casi su única fuerza auténtica. El españolito medio comenzó a ver cosas nuevas, a leer libros nuevos y a olvidarse de que las películas tenían una censura paralela que, unos anónimos padres de familia clasificaban en 3-R y 4 cuando sentían alteradas sus escasas facultades. El cine fue uno de los descubrimientos: allí las cosas, censuradas o tergiversadas, tenían, no obstante, algo más de verdad que las consignas del padre Astete. Tenían incluso un algo mítico que permitía sublimar aquellas angustias primeras del cilicio y el castigo.

Hablo, claro, de los españolitos

que ya tratamos de tú a los treinta años...

El cine, en sus sesiones dobles, nos acercaba a mundos lejanos, en lenguajes no entendidos, pero con la fuerza de quien se dirige a quien está deseando escaparse, a quien inclina la cabeza ante cualquier nueva posibilidad. Y cuando se hablaba de cine, se entendía rápidamente que el cine de verdad era el de Hollywood: el único que permitía las fantasías absolutas, el que disponía de los mitos eróticos más sugestivos, el que venía continuado en revistas y libros de poco precio. La influencia que el cine americano ha tenido en esta generación de los españolitos medios es quizá todavía algo intangible, impreciso, pero de alguna forma contundente. Lo que más tarde entendimos como alienación, no era en aquel tiempo más que una salvación a la mediocridad del entorno, a las angustias de los mensajes estereotipados de los flechas y pelayos. En cierto modo contrajimos una deuda con la fábrica de sueños de Hollywood. Deuda que, más tarde, supimos que nunca había que pagar: también Hollywood había sido una mentira. Los españolitos medios nos quedamos tan perplejos que empezamos a valorar a Clair, a Antonioni..., a fijarnos en lo que creíamos las antipodas de la mentira en technicolor. Pero nos quedó la ambigüedad: el desprecio intelectual por el Hollywood que se organizaba en las bosas de Wall Street y la fascinación por el de Von Sternberg, Rita Hayworth o John Huston. Empezamos a pensar —aún mucho más tarde— que el cine no era más que una parte de algo que hasta entonces nos había interesado a cachitos, porque los que nos rodearon se empeñaban en no dejárnoslo ver. Nunca el Hollywood de Wall Street llegará a valorar suficientemente lo que fue ayudado por los niños de la España franquista.

El Hollywood del famoso Sunset Boulevard, del Teatro Chino, de los grandes estudios, de las fastuosas casas de Beverly Hills, es hoy una pequeña ruina, como lo son un poco nuestras vivencias de entonces. Ir a ese Hollywood en este momento es como visitar un trozo de



Marilyn Monroe y Jane Russell marcando sus huellas tras el estreno de "Los caballeros las prefieren rubias". Teatro Chino.



Por 15 dólares puede usted retratarse con el "auténtico león de la Metro". Hotel de la Metro en Las Vegas.

la infancia de uno, un trozo que sólo se hubiera soñado; ir a ese Hollywood es como ser un personaje de una de sus películas "psicológicas". Cuando el visitante espera encontrarse el esplendor de tiempos pasados —con la esperanza reprimida de estar dando un salto atrás en el tiempo—, se encuentra con el espectáculo de una desolación; cierto que el Hollywood despreciable, el que nos engañó a to-

dos y sigue encerrado ahora en las pantallas televisivas, no es ninguna ruina. Sigue vivo, fuerte e íntimo, como corresponde ahora a los tiempos. Y los visitantes de Sunset Boulevard somos tan víctimas como sus visitados: no hay más que contemplar las increíbles mansiones de los actores en Beverly Hills. Son pequeñas fortalezas ocultas por gruesos muros o por casi una selva de protección: dentro he-



Una parcela de la amplia entrada del teatro Chino.

bitaban —o aún habitan— los fantasmas de la pantalla, que ya no pueden salir a la luz porque romperían el enigma. Obligados a encerrarlos, a no reconocer el paso del tiempo, uno piensa difícilmente que allí viven seres humanos, las "estrellas" de entonces, ahora seguramente nocturnas, draculianas. Algunos mozos venden por el camino a Beverly Hills "el plano de las casas de las estrellas": un minucioso recorrido por el domicilio de nombres conocidos (y otros absolutamente ignorados para dar fe de la verosimilitud), con la advertencia de que no debe llamarse a ninguna puerta. Quizá una ingenua prevención contra los que crean en la autenticidad del plano. Una nueva engañifa que oculte aún más a los monstruos que dieron cara a las mentiras de nuestra infancia, a las mentiras de la infancia de los niños de hoy. Pero el visitante no puede reprimir las ganas de llamar a esas puertas, de contemplar directamente el rostro de esas estrellas y de, casi, hacerles una declaración de viejo, lejano amor. Es una de las deudas. Impagable ya. Es más fácil tratar de ajustar cuentas con los comerciantes de Wall Street.

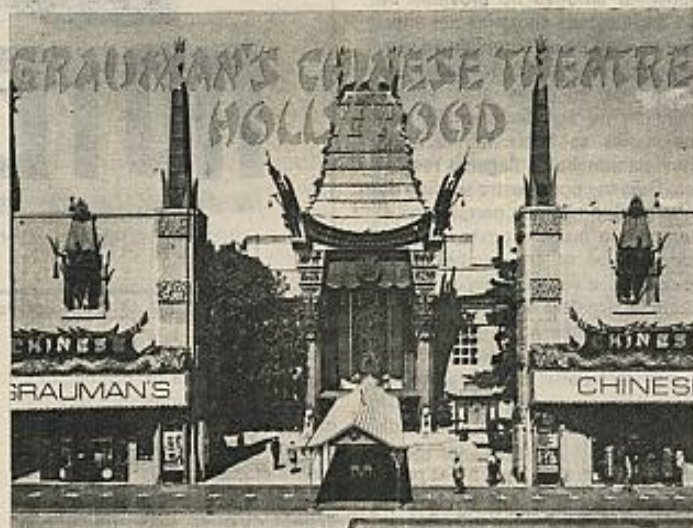
Los viejos estudios están cerrados. La legendaria Metro Goldwyn Mayer ha levantado un gigantesco hotel en Las Vegas: un hotel dedicado al juego que tiene casi camuflados algunos "motivos decorativos" de sus viejas películas. Pero lo más alucinante del recorrido por dicho hotel es el encuentro final con "el auténtico león de la Metro": una amplia sala donde duerme por las noches un divertido león que por el día tiene la obligación de no agredir a quienes quieren —por quince dólares— hacerse una foto con él. La Metro vende "su león"

como antes vendió a sus estrellas. El león duerme en una caja, las estrellas en Beverly Hills (y el plano a tres o cinco dólares, según la suerte del visitante).

Para el turista pobre permanecen abiertos los estudios de la Universal, los que en su día lanzaron el primer Frankenstein y hoy comercian con Columbo y MacMillan. Se trata de un "tour" de cuatro horas y media donde analfabetos guías van enseñando el camerino de Eliza-

cuerdos de este "tour": postales, fotos y lapiceros. Ellos no tienen un león superviviente, pero tienen un "tiburón" de éxito (del que rápidamente han rodado la segunda parte).

Si uno va acompañado por una amiga enajenada puede sentirse sorprendido por sus gritos al ver a Anthony Franciosa en una esquina de un decorado rodando probablemente uno de los episodios televisivos que más tarde padeceremos en



Fachada del famoso teatro Chino, en Hollywood Boulevard.

beth Taylor —cuando rodaba para ellos "La mujer maldita", de Losey—, algunos decorados prefabricados, cómo se finge una tormenta, cómo se falsifica un terremoto, cómo sale un tiburón de cartón del agua, cómo se abren las aguas del Mar Rojo por las que el turista aburrido debe atravesar. Los estudios Universal ya no venden recuerdos de sus viejos tiempos: venden re-

forma de serie; o quizá el olvidado actor sea una atracción más del "tour".

Ni siquiera el viejo, legendario teatro Chino (donde se estrenaron los grandes títulos perturbadores de infancias) se salva de la "debacle". Un cine decorado probablemente con todo cuanto había en China en aquel momento, está hoy lleno de cubos vacíos que habían

contenido palomitas o patatas fritas (los americanos resultan grandes comedores en los cines, probablemente porque encuentran dificultades para encontrar sugerencias comestibles en los restaurantes), papeles tirados por el suelo, reliquias de quienes saben que ya no están en el gran santuario que hay que seguir guardando.

El teatro Chino tiene, en su entrada, las firmas de los actores que un día lo visitaron: la marca de sus pies y sus manos para demostrar que fueron ellos los que hicieron posible el triunfo del cine multinacional. Huellas que son retratadas febrilmente por los visitantes, cada uno eligiendo aquel nombre inolvidable: Marilyn, Bogart, Bette Davis... La acompañante enajenada, calculando el tamaño de los pies y las manos de los muertos; la sentimental, tumbándose en el suelo, "como un día lo hicieron ellos"; el botones del teatro, vendiendo a dólar un librito con todas las fotos, con todos los recuerdos, con todos los muertos, con todas las fantasías.

En las librerías de Sunset Boulevard, cientos de tiendas especializadas venden todos los libros, todas las películas, todas las fotos, todos los carteles de publicidad: a veces son recintos nostálgicos regentados por incondicionales fans "de aquel Hollywood"; en la mayoría con empleados que venden sus chorizos al precio desproporcionado que está dispuesto a pagar quien sabe que ya no volverá nunca más. En el Hollywood donde vive todavía una parte de su verdad, todo tiene un precio, todo puede todavía comprarse. Quizá, por eso, por la noche, decenas de jovencitas y jovencitos se apoyan por las esquinas, esperando seguramente que algún viejo fantasma descienda de su torre.

Es ésta una visita inútil, que nada descubre de sus mecanismos, que nada enseña de cuanto uno ha visto o ha leído. En los cines del Hollywood Boulevard un par de pornos, el "Star Wars", la película de éxito durante el año, y poco más: las "antiguas" ya pueden comprarse para ver en casa, ya son un producto doméstico. Si este Hollywood hubiera sido el que nos enseñaron en las películas, probablemente todos hubiéramos estado mejor: en su lugar vimos lo que ni siquiera allí existía. Porque los pocos que quisieron mostrarnos algo más de la verdad se murieron, se olvidaron o siguen empeñados en su trabajo en otro lugar que aquel cementerio de fantasmas fascinantes que nunca fue. ■